

79 PARK AVENUE

Harold Robbins



QUATERNI

Traducción autorizada de la edición original en lengua inglesa por acuerdo con
Jann Robbins c/o McIntosh and Otis, Inc.
79 PARK AVENUE
Copyright © Harold Robbins, 1955

Copyright © 2010 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo.
© Quaterni es un sello y marca comercial registrada por
Grupo Ramírez Cogollor, S.L. (Grupo RC)
Traducción: José García Fuentes, basada en la que realizó Aurora Rodríguez,
a quien la editorial reconoce sus derechos.

79 PARK AVENUE. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente, que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

ISBN: 978-84-937009-7-3
EAN: 9788493700973

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2
Parque Empresarial Inbisa, N-6
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.
Diseño colección y texto: Quaterni
Diseño de cubierta: Juliana Raigosa Montoya
Maquetación: Sinodal, S.L.
Impresión y encuadernación:
Depósito Legal: M-
Impreso en España

15 14 13 12 11 10 (05)



EL ESTADO CONTRA MARYANN FLOOD

Aparqué el coche en el espacio que había reservado frente al Juzgado de lo criminal. Antes de que pudiera parar el motor, el portero me había abierto la puerta para que bajara. Recogí mi cartera, que estaba en el asiento delantero, y descendí lentamente. Nunca hasta entonces había sido objeto de tanta atención.

—Hermoso día, señor Keyes —dijo, caminando a mi lado mientras me dirigía hacia la salida del aparcamiento.

Miré al cielo. Lo era, efectivamente, si a uno le gustan los días grises de diciembre. Asentí.

—Sí, Jerry.

Me detuve y le miré. Había una sonrisa en su rostro. No era necesario que me dijera que ya se había enterado. Se notaba. Ese era el motivo de su amabilidad.

—Gracias —dije, y crucé la calle hacia el Juzgado.

Hacía sólo muy poco que lo sabía yo mismo. Me lo habían dicho veinte minutos antes a más de doce kilómetros de allí, en una habitación del hospital «Harkness Pavilion», y sin embargo ya lo sabían aquí.

El rostro de *El Viejo*, contra la almohada, parecía gris, a causa del dolor. Yo permanecía de pie junto a su cama.

—Vas a encargarte de ello, Mike —murmuró.

Negué con la cabeza.

—No, John. No puedo.

—¿Por qué? —Sus susurros parecían casi espectrales.

—Ya sabe por qué —respondí.

Dudé un momento.

—Déselo a otro. Tiene bastantes ayudantes. ¿Por qué escogerme a mí? Su murmullo se hizo cortante.

—¡Porque son todos mercenarios políticos! Tú eres el único en quien puedo confiar, el único que contraté yo mismo. Todos los demás me los hicieron tragar a la fuerza, ¡y tú lo sabes!

No respondí, aunque sabía que no estaba diciendo la verdad. Desde que Tom Dewey era fiscal del distrito, el departamento no había sufrido ninguna presión política. Lo único político de toda la oficina eran las ambiciones de John Dewitt Jackson.

Sus ojos estaban fijos en los míos, y yo no podía apartar la mirada.

—¿Te acuerdas de la primera vez que viniste a verme? Entonces eras un policía, y las suelas de tus zapatos tenían más de dos centímetros de grueso. Llevabas tu diploma de abogado en la mano. Incluso diste completo ese ridículo nombre tuyo, Millard Keyes. Apenas podías hablar cuando me pediste un empleo. Yo te pregunté: «¿Por qué en mi oficina?» ¿Recuerdas tu respuesta?

Claro que me acordaba. Fue la única vez que no di el nombre por el que me llama la gente. Mike. Seguí callado.

—Te diré lo que respondiste. —Levantó la cabeza de la almohada—. Dijiste: «Soy un policía, señor Jackson, y sólo hay una ley para mí.» Te di el empleo porque creí lo que me dijiste.

Su cabeza cayó de nuevo pesadamente, y su voz volvió a ser un murmullo.

—Y ahora quieres abandonarme.

—No quiero abandonarle, John —dije rápidamente—. Es que no puedo ocuparme de este caso. No sería justo para mí, y me temo que tampoco para usted. Se lo dije cuando empezó todo esto.

—Entonces no estaba preocupado por ti, y tampoco lo estoy ahora —susurró vehementemente. Por un momento volvió su rostro hacia el otro lado—. ¡Condenado apéndice! ¿Por qué no podía haber aguantado unas semanas más?

Sonreí a mi pesar. *El Viejo* empleaba todos los trucos. Derribaba todos los obstáculos.

—Ya sabe lo que dijo el doctor. Esta vez no sirve con un remiendo —respondí, mostrando una adecuada dosis de simpatía.

Asintió, pesaroso.

—Esto es todo lo que hacen los médicos por uno. En vísperas del más importante juicio de mi carrera.

Yo sabía lo que quería decir. Dentro de pocos meses los muchachos celebrarían reuniones por todo el Estado. Y cuando se levantaran a abrir las ventanas para que saliera el humo y los vapores del whisky, ya habrían elegido al nuevo gobernador.

El Viejo había calculado el tiempo con mucha precisión. Ni demasiado pronto, para que no hubieran tenido tiempo de olvidarlo, ni tan tarde que hubiesen tomado ya una decisión. Pero ahora tenía miedo. Lo que debía haberle favorecido a él podía también favorecer a otro. Y no quería correr ningún riesgo.

Me miró por encima de la cama. Sus ojos revelaban una pena indescriptible.

—Mike —murmuró—, tú no has sido nunca como los otros. Has sido casi, bueno, casi un hijo para mí. Eras mi única esperanza, la única cosa de la que me sentía orgulloso en toda aquella maldita oficina. Tú eras mi muchacho. Ya no soy un hombre joven. Había hecho mis planes, pero si fallan, lo aceptaré. Es la voluntad de Dios.

Se encogió de hombros casi imperceptiblemente bajo la blanca camisa de algodón del hospital. Permaneció silencioso durante un momento. Después dijo con dureza:

—¡Pero no quiero que mi puesto lo ocupe ningún escurridizo oportunista hijo de perra!

Nos miramos en silencio durante unos instantes; luego habló de nuevo.

—Ve al Tribunal en mi lugar, Mike —rogó—. Tienes mano libre. Tú eres el jefe. Puedes hacer todo lo que quieras. Incluso pedir al Tribunal que anule los cargos, basándote en que no hemos podido reunir pruebas suficientes para presentar el caso. Si quieres, puedes hacerme

quedar como un payaso. No me importa. Pero no dejes que los otros se aprovechen de mí.

Respiré profundamente. Me tenía atrapado, y yo lo sabía. Estaba seguro de que ni él mismo creía una sola palabra de todo lo que había dicho, pero eso no importaba. Era ruin, ladino, egoísta, pero había lágrimas en mis ojos; tendido en aquella cama, yo quería cada uno de los huesos de su cuerpo.

Él lo sabía también, porque empezó a sonreír.

—¿Lo harás, Mike?

Asentí.

—Sí, John.

Buscó bajo la almohada y sacó unas notas mecanografiadas.

—A propósito de los miembros del jurado —dijo, y su voz sonaba recia ahora—: cuidado con el número tres.

Repliqué: —Ya los conozco. He estado leyendo las actas.

Me dirigí hacia la puerta. La abrí y me volví a mirarle.

—Además, me ha prometido mano libre. ¿Recuerda?

Los periodistas me atraparon casi antes de que pudiera poner un pie sobre los escalones del Juzgado. Sonreí sin ganas, para mí mismo, mientras intentaba abrirme camino a través de ellos. *El Viejo* debía de haber empezado a telefonar en el mismo momento en que salí de la habitación.

—Nos han dicho que va usted a reemplazar al fiscal del distrito, señor Keyes. ¿Es cierto?

Incluso si antes hubiera pensado contestarle, ahora estaba decidido a no hacerlo. Odio a la gente que hace que mi apellido suene *keys*. El nombre es Keyes, como eyes. Continué caminando.

Venían tras de mí haciéndome un sinfín de preguntas.

Me detuve sobre los escalones y levanté las manos.

—Déjenme respirar, señores —pedí—. Ya saben que esta misma mañana he regresado de vacaciones.

—¿Es cierto que el fiscal le envió un telegrama anteayer, antes de ingresar en el hospital? ¿Que el aplazamiento era sólo para darle a usted tiempo de regresar?

Entré por las puertas giratorias, torcí hacia la derecha y, pasando junto a la sala de Prensa, me dirigí a los ascensores. Brillaron un par de flashes, llenándome los ojos de unas luces púrpura que bailaban una danza loca. En la puerta del ascensor me volví y me enfrenté con ellos.

—Señores, habrá un comunicado para ustedes durante el descanso de mediodía. A partir de entonces intentaré contestar a cuantas preguntas me sea posible. Todo lo que les pido ahora es que me permitan estar unos cuantos minutos a solas antes de entrar en la Sala.

Atravesé la puerta, y el ascensorista la cerró en las mismas narices de los reporteros. Salí en el séptimo piso y me dirigí a mi oficina, al final del vestíbulo.

Joel Rader estaba allí esperándome. Se acercó a mí con la mano extendida.

—Buena suerte, Mike.

Estreché su mano.

—Gracias, Joel —dije—. Voy a necesitarla.

Joel era uno de los hombres de quienes había hablado *el Viejo*. Era brillante, rudo y ambicioso, sólo unos pocos años mayor que yo.

—¿Cómo está *el Viejo*? —preguntó.

—Ya le conoces —dije, con una sonrisa—. Rabiando.

Me dirigí hacia mi escritorio.

—Amigo, debías de haberle escuchado el otro día, cuando el doctor le dio la triste noticia —dijo, siguiéndome—. Por poco le arranca la cabeza.

—Me lo imagino —contesté, tirando sombrero y abrigo sobre el pequeño banco de madera que había frente a mi escritorio. Me senté y le miré.

—Yo no quería meterme en tu terreno, Joel —le aseguré.

Sonrió falsamente.

—No te estás entrometiendo, Mike —respondió rápidamente—. Después de todo, *el Viejo* y tú trabajasteis juntos en la investigación. Lo comprendo.

Yo también comprendía. Se estaba sacudiendo la responsabilidad por anticipado, por si las cosas salían mal. Esto no quería decir que no estuviera dispuesto a hacerse cargo del caso. Le encantaba la fama, pero no se hallaba en disposición de correr riesgos.

—¿Está Alec por aquí? —pregunté.

Alec Carter era el otro fiscal que ayudaba a *el Viejo* en los Tribunales, junto con Joel.

—Ya conoces a Alec —dijo éste—. Pero ha dejado las notas de *el Viejo* para ti; están sobre tu escritorio.

Conocía a Alec. Los nervios le afectaban los riñones, y antes de entrar en la Sala pasaba la mayor parte del tiempo en el lavabo; pero una vez ante el Tribunal, todo iba bien. Busqué sobre mi escritorio. Las notas, pulcramente mecanografiadas, se hallaban frente a mí.

Me volví hacia Joel. Iba a ponerme las cosas difíciles. Había entrado en aquella oficina cinco años antes que yo, y no iba a darme la menor oportunidad de remplazarle.

—Si necesitas algo, estaré en mi despacho, Mike —dijo.

—Gracias, Joel —respondí, contemplé cómo se cerraba la puerta tras él. Saqué un paquete de cigarrillos del bolsillo y encendí uno antes de mirar los papeles que estaban sobre mi mesa.

El pliego de acusación estaba encima de todo el montón. Tomé el papel y lo contemplé. Giré mi sillón de modo que la luz que entraba por la ventana que tenía a mi espalda cayera directamente sobre la hoja. Las gruesas letras negras brillaron ante mis ojos.

*El pueblo del Estado de Nueva York contra
Maryann Flood, demandada.*

Sentí que un dolor repentino me sobrecogía el corazón. Eso era todo. Cualquiera cosa que hubiera habido antes no significaba nada. Ahora tendría que vivir con aquello. Cerré los ojos. No debía haber permitido que *el Viejo* me metiera en aquel asunto. Las raíces eran demasiado profundas.

Respiré profundamente e intenté aliviar el dolor que laceraba mi pecho. Me pregunté si alguna vez me vería libre de ella. Recordé la primera vez que la vi. Parecía que hubieran pasado mil años. Pero no hacía tanto: fue durante el verano de 1935.

¿Recuerdan lo que fue aquella época de ansiedad? Los hombres sin trabajo, el calor del verano que caía pesadamente sobre sus ya sobrecargados

hombros. A mi padre le ocurría lo mismo que a los otros. Dos años de encargado en una casa le habían convertido en un hombre prematuramente viejo.

Yo tenía una especie de empleo. En el puesto de periódicos de la esquina de la Calle 86 y Lexington Avenue. Los sábados por la noche y los domingos por la mañana. Ordenaba los periódicos. Empezaba a las nueve de la noche, y trabajaba hasta las diez y media de la mañana. Tenía entonces dieciséis años, y mi madre insistía en que no debía faltar a la iglesia. Por tanto, oía la misa de once en St. Augustine, que estaba de camino hacia casa.

Aquel domingo había sido igual que los otros. Llegué a la iglesia en el último minuto, me deslicé hacia uno de los bancos traseros, que estaba casi desierto, y en seguida me quedé dormido. Aún no había cerrado del todo los ojos cuando sentí que alguien me tocaba en un costado.

Automáticamente me moví para permitir que los recién llegados tomaran asiento en el banco. De nuevo sentí el codazo. Esta vez abrí los ojos. Me costó casi un minuto comprender lo que veía. Entonces retuve el aliento y las dejé pasar.

Sólo dediqué una mirada a la más vieja de las dos mujeres. El mustio cabello —rubio y gris— y el cansado rostro no me interesaron. Pasó por mi lado murmurando en voz baja lo que tomé por una excusa. Era la muchacha, su hija, la que me hirió en la carne viva.

El pelo rubio ceniza, de polaca, que rodeaba su rostro, como una cascada dorada; la ancha y salvaje boca, de un escarlata sensual; los labios ligeramente entreabiertos y los blancos dientes que apenas se entreveían. La delgada, casi clásica nariz, cuyas aletas palpitaban repentinamente bajo los altos pómulos, el trazo marrón que delineaba sus ojos.

Éstos eran todo un libro. Los tenía muy separados, de un castaño claro, con motitas verdes en el borde de los iris. Eran cálidos, brillantes e inteligentes, y hablaban de una pasión que yo no comprendía aún. Eran conmovedores y atrayentes, pero, de un modo sutil, daban la sensación de perseguir a algo o alguien. Intenté ver lo que había bajo su superficie, mas no pude traspasar aquella barrera invisible. Hay algo especial en los ojos castaños que no he

podido comprender nunca. No es posible mirarlos y leer en ellos, como en los ojos azules.

Al pasar frente a mí miró hacia otro lado, y sentí en mi cuerpo un millón de ligeros alfilerazos eléctricos. Su madre, que era dos veces más corpulenta que ella, había pasado sin tocarme. Pero ella sí lo hizo.

—Perdone —murmuró, y en su voz había cierta risa contenida.

Tartamudeé una respuesta ininteligible, que se perdió entre los crujidos de la ropa al arrodillarse los fieles en sus bancos. La miré mientras me ponía de rodillas.

Ella lo estaba ya, con las manos devotamente unidas sobre el respaldo del banco de delante. A su lado, la madre apoyaba pesadamente la cabeza sobre sus manos cruzadas, rezando en un idioma extranjero. Volví a mirar a la muchacha.

Su cuerpo se revelaba bajo el ligero vestido veraniego de algodón. Se desprendía de ella un cálido y dulzón aroma, y pude ver cómo una ligera mancha de transpiración, bajo su brazo, se ensanchaba lentamente sobre el tejido.

Cerré los ojos e intenté concentrarme en mis oraciones. Al cabo de un momento empecé a sentirme mejor. Lo podía soportar si mantenía los ojos cerrados. Sentí cómo ella se movía ligeramente junto a mí. Su muslo rozó el mío.

Abrí los ojos y la miré. No parecía darse cuenta del contacto. Seguía rezando, con los ojos cerrados. Me aparté un poco y contuve la respiración. Sin abrir los ojos, ella se movió al mismo tiempo. Yo estaba ya al borde del banco y no podía apartarme más sin caer al pasillo.

Me mantuve allí lo mejor que pude e intenté concentrarme en la palabra de Dios. Pero fue inútil. El diablo estaba a mi lado.

Por fin terminó la plegaria, y la congregación se puso lentamente en pie. Empecé a salir del banco, pero ella lo hizo al mismo tiempo. Volví hacia atrás; ella se paró y me siguió.

Yo estaba atónito, pero ella sonrió cortésmente y dejó que su madre saliera antes. Para dejarla pasar se apoyó contra mí. Luego se volvió con lentitud. La miré a los ojos. Había en ellos una risa burlona que nunca

antes había visto en otros. Una llama salvaje y peligrosa había prendido en mi alma. Sus labios se separaron en una sonrisa, e inesperadamente la oí hablar, aunque yo habría jurado que sus labios no se movieron.

—¿Te diviertes, Mike? —murmuró.

Hasta pasados unos momentos, cuando ya se había perdido entre la gente que se apretujaba en el pasillo, no me percaté de que sabía mi nombre.

Comencé a caminar lentamente hacia la salida, intentando adivinar quién era. Quizá mi vida hubiera transcurrido mejor de no haberlo averiguado.

Alejé de mí los recuerdos. Tenía aún los papeles en la mano. Debía leerlos. Dentro de cuarenta minutos debería estar en la Audiencia. Lentamente, para concentrarme, empecé a leer la acusación, palabra por palabra.

Entramos en la Sala por la puerta lateral. Mientras avanzábamos hacia nuestros lugares en la mesa situada a la derecha del Tribunal, se hizo el silencio entre los espectadores. No levanté los ojos para mirar a los asistentes. No quería que vieran la furia que me invadía ante su insaciable curiosidad.

Me senté en mi sillón, de espaldas al público, y, empecé a colocar los papeles sobre la mesa. Notaba que mi tensión era cada vez mayor. Un juicio es, en cierto modo, como una lucha. Me humedecí ligeramente los labios y esperé a que se aflojara el nudo que sentía en el estómago.

A fin de oír mi propia voz, pregunté a Joel:

—¿Qué hora es?

Miró al gran reloj que había en la pared.

—Casi las diez.

—Bien.

Ya no tardaría en constituirse el Tribunal. Miré furtivamente a la mesa del defensor. Aún estaba vacía.

Joel captó mi mirada.

—Vito siempre espera hasta el último minuto —dijo—. Eso le permite hacer una entrada impresionante.

Asentí. Vito sabía lo que se hacía. Era uno de los mejores abogados criminalistas de Nueva York. Alto, bien parecido, con unos mechones de cabello gris sobre unos penetrantes ojos azules. Perdía muy pocos casos. Trabajaba concienzudamente. En la oficina, todos sentíamos por él un saludable respeto.

Un murmullo de excitación se extendió por la Sala, a nuestra espalda. Hasta nosotros llegó la luz de los flashes. No tenía que volverme para saber que estaban entrando. Los murmullos lo anunciaban mejor que un radar.

Levanté la cabeza y los miré cuando llegaron junto a la barandilla. Vito había abierto ya la barrera, y estaba parado, de espaldas a mí, para que su clienta entrara antes que él. Los ojos de ella se encontraron con los míos cuando levantó la cabeza para darle las gracias. Se agrandaron casi imperceptiblemente, y yo intenté penetrar en ellos con mi mirada. Había pasado tanto, tanto tiempo... Nos miramos sólo un momento, y luego se volvió y caminó rápidamente hacia su asiento.

La observé mientras andaba. Conservaba aquel paso ligero que yo recordaba aún. Sus tobillos eran finos, y brillaban con las transparentes medias de nailon. Vestía un traje sastre oscuro y, echado sobre los hombros, un abrigo de piel. Su cabello era de color oro cobrizo, con bucles cortos, que llevaba recogidos en la parte alta de la cabeza. Se sentó circunspectamente y se arregló la falda sobre las rodillas. Vito se acomodó junto a ella y empezaron a hablar.

Joel murmuró a mi oído:

—Es toda una mujer.

Había admiración en su voz, y yo asentí silenciosamente.

Continuó murmurando:

—Ni un solo hombre de esta sala rechazaría a alguien así.

Hice cuanto pude para que mi ira no fuese perceptible. Ese era el problema. Ese había sido siempre el problema. Era una de aquellas mujeres a las que el sexo rodea de un halo. Ni un solo hombre deja de notarlo.

—Es casi una vergüenza llevar a una mujer al banquillo por hacer aquello para lo que ha nacido —siguió diciendo, con una risita—. Y, por lo que he oído, es precisamente lo que más le gusta hacer.

No pude impedir que mi rabia explotara.

—Cierra la boca, Joel —dije fríamente—. Esto es un Juzgado, no un tugurio.

Iba a hablar, pero me miró a los ojos. Las palabras se le helaron en los labios y volvió a ocuparse en los papeles que había frente a él. Yo tomé un lápiz y empecé a hacer garabatos sobre un bloc. Alec me dio un codazo, y alcé la vista.

Henry Vito se dirigía a nuestra mesa. Le contemplé mientras caminaba, con paso seguro, hasta colocarse frente a mí. Me miró sonriendo confidencialmente.

—¿Cómo está *el Viejo*, Mike? —preguntó.

—No va mal, Hank —le respondí, devolviéndole la sonrisa.

Su voz era sólo lo suficientemente alta como para que llegara hasta los periodistas.

—Qué oportuno y ventajoso ha sido ese apéndice que se ha sacado de la manga.

Elevé la voz para que pudieran oír mi respuesta.

—Ese apéndice ha sido especialmente ventajoso para ti.

Su expresión no cambió.

—Si alguna vez llega a gobernador, Mike, te lo deberá, en gran parte, a ti.

Me puse en pie lentamente. Vito es un hombre alto, pero yo lo soy más. Descalzo, mido 1,85 m. Tengo los hombros anchos, y con mi nariz rota soy lo suficientemente feo como para hacer que él parezca frágil. Me miró a la cara, y yo sonreí.

—Gracias por tus amables palabras, Hank. Sé que después del juicio estarás seguro de que las merezco.

Mantuvo su sonrisa, pero no respondió. Yo estaba situado entre él y su audiencia, por lo que no había ninguna razón para que continuara. Hizo un airoso saludo con la mano y volvió a su mesa. Esperé a que cruzara la sala antes de volver a sentarme.

Joel volvió a susurrar a mi oído:

—No dejes que te gane la partida, Mike.

Sonreí fríamente.

—No lo permitiré.

—Creí que ibas a atizarle cuando te levantaste —murmuró Alec desde el otro lado.

Mi sonrisa se convirtió en una mueca.

—Pensé hacerlo.

—Pude verlo en tu cara.

El murmullo de Alec se vio interrumpido por unos golpes de mazo.

Se oyó un apresurado susurro de ropa al ponernos todos en pie. El juez entraba en la Sala. Peter Amelie era un hombre bajo y rechoncho; al acercarse al estrado, parecía un muñeco con su cara de niño y la calva, que surgía de entre la negra toga oficial. Se sentó, y con un rápido movimiento dio unos golpes con el mazo sobre el estrado.

Resonó la voz del ujier:

—¡Atención, atención! Comienza la sesión del Tribunal Permanente. Preside Su Señoría, el Honorable Peter Amelie.

Ya estaba. Ya nadie podía volverse atrás. La lucha había comenzado; el árbitro estaba en el ring. Mi tensión desapareció de repente. A partir de aquel momento nada iba a molestarme; los recuerdos no me torturarían. No había tiempo para ellos. Tenía una tarea que llevar a cabo.

Poco después, a una señal del juez, me levanté. Caminé lentamente hacia el jurado. Ella no levantó la cabeza cuando pasé junto a la mesa de la defensa: sin embargo, con aquella rara propiedad que tenía de ver por los ángulos de los ojos, yo sabía que estaba observando cada uno de mis movimientos. Me paré frente al jurado, y les di tiempo para que me miraran bien.

Pasados unos segundos empecé a hablar. Lentamente al principio.

—Señoras y caballeros del jurado, me siento como un principiante a quien hubieran encomendado la misión de batear en lugar de Di Maggio, porque ¿quién...? —Me callé un momento para que cesaran las risas que habían sonado en la Sala—, ¿quién puede equipararse a Di Maggio? —proseguí, respondiendo a mi propia pregunta—. Nadie.

Dejé que la débil, amistosa sonrisa, desapareciera de mis labios.

—Pero los ciudadanos del Estadio de Nueva York tienen derecho a ser representados y protegidos por aquellos a quienes han elegido. Y los

ciudadanos del Estado de Nueva York, por mediación de su Gran Jurado, han hallado motivos para presentar ante este Tribunal una acusación contra cierta persona que ha atentado contra sus leyes y su moral. Por tanto, humildemente les suplico que sean indulgentes si, con mis pobres medios, represento al pueblo del Estado de Nueva York contra los crímenes de Maryann Flood.

Vito protestó, como estaba previsto; y tal como yo esperaba, el Tribunal le apoyó. Pero yo había conseguido ya lo que quería. Me volví de nuevo hacia el jurado.

—Quisiera leer ante este Tribunal la acusación en que se afirma que la procesada, Maryann Flood, ha cometido y está envuelta en las siguientes actividades, lo que probaremos más allá de toda duda razonable.

»Maryann Flood, escudándose tras la fachada de una respetable agencia de modelos, la «Park Avenue Models, Inc.», contrataba, con fines ilícitos e inmorales, y en su propio beneficio, a muchachas y mujeres, a las cuales impulsaba por el camino de la prostitución.

»Maryann Flood, en varias ocasiones y a fin de proteger sus ilícitas actividades, pagó o sobornó a ciertos agentes de Policía.

»Maryann Flood, como consecuencia de los contactos que le deparaba su lamentable negocio, podía chantajear a sus clientes, a los cuales exigía diversas sumas de dinero, amenazándoles con el escándalo.

Dejé a un lado el acta de acusación y miré al jurado. Podía sentir su interés.

—Manejos con fines de prostitución; soborno de agentes de Policía; amenazas y chantaje.

»No es ésta una situación que resulte agradable a los ojos de los ciudadanos del Estado de Nueva York. Cada año, millares de nuestras jóvenes acuden a esta ciudad henchidas de esperanzas. Broadway, Televisión, llegar a ser modelo. Cada una de ellas con sus ilusiones de éxito y fama.

»Y alguien como Maryann Flood se halla esperando a esas pobres inocentes, en la seguridad de que, con sus sobornos y extorsiones, se encuentra a cubierto de las molestias que pudieran ocasionarle cosas tan prosaicas y mundanas como las leyes del pueblo del Estado de Nueva York.

Por primera vez me volví hacia la mesa de la acusada. Tenía los ojos bajos y sus dedos apretaban fuertemente un lápiz. Vito sonreía levemente.

—¡Maryann Flood! —grité.

Automáticamente levantó la cabeza y sus ojos se fijaron en los míos. Hasta entonces nunca había visto una mirada que expresara un dolor semejante. Yo la miré dura e inexpresivamente, me volví de nuevo hacia el jurado y seguí hablando como si no la hubiese llamado.

—Maryann Flood —repetí— se halla ante este Tribunal para ser juzgada, ante un jurado constituido por sus conciudadanos, acusada de violación de las leyes de la sociedad.

»Y nosotros, el pueblo del Estado de Nueva York, el pueblo por el que ella siente tanto desprecio, probaremos las acusaciones que formulamos de modo que no quede en la mente de nadie el menor vestigio de duda en cuanto a su culpabilidad. Seguiremos paso a paso todas y cada una de las acciones de su ilícita y criminal carrera. Vamos a establecer detalladamente cada acción. Y cuando toda la historia haya sido revelada, ustedes, el jurado, deberán emitir un veredicto tal, que sirva de freno y escarmiento a cuantas personas crean que tienen el derecho de violar y eludir las responsabilidades de las leyes del pueblo.

Di tiempo al jurado para que digiriese lo que yo había dicho, volví a mi mesa, dejé el acta de acusación y tomé otros papeles. Después, lentamente, volví hacia el estrado del jurado.

—Señoras y señores del jurado, quiero explicarles de qué modo el Estado tuvo conocimiento de las actividades de Maryann Flood.

Los miembros del jurado se inclinaron hacia delante. En sus rostros había una expresión de interés.

—Una tarde del pasado mes de mayo ingresó una joven en el «Hospital Roosevelt». Sufría una hemorragia interna, resultado de una operación ilegal. A pesar de todos los esfuerzos del personal sanitario, se debilitaba rápidamente.

»Como es habitual, el caso fue notificado a nuestra oficina. La joven estaba demasiado débil para contestar a nuestras preguntas, pero conseguimos que nos contara algunas cosas. Era una modelo que trabajaba en «Park Avenue

Models, Inc.». Nos pidió que avisáramos a la señora Flood. Parecía estar segura de que ella la ayudaría.

»Una primera y rutinaria llamada telefónica a «Park Avenue Models, Inc.» nos hizo saber que la casa nunca había oído hablar de una modelo con ese nombre. Aproximadamente una hora después, la señorita Flood llamó a nuestra oficina y dijo que había habido un error por parte de uno de sus empleados, y que aquella joven trabajaba para su agencia. Parecía especialmente preocupada por lo que la muchacha había manifestado y, tras haber reflexionado, ofrecía su cooperación.

»Tanto la llamada telefónica como la oferta de cooperación llegaron demasiado tarde: la joven había muerto poco antes.

»Preguntando a los amigos y conocidos de la fallecida, conseguimos saber que había llegado a Nueva York hacía aproximadamente un año. Durante seis meses pasó verdaderos apuros económicos. Después, de repente, apareció con un nuevo vestuario y abrigos de piel. A sus amigos les explicó que esta inesperada prosperidad se debía al hecho de haber comenzado a trabajar en «Park Avenue Models». Empezó a salir con frecuencia, y sus amigos la vieron cada vez menos. Se excusó con ellos diciendo que en todo momento debía estar preparada para recibir una llamada telefónica, y que su trabajo la mantenía ocupada día y noche.

»Pero estas declaraciones discrepaban totalmente de lo que se descubrió al revisar los ficheros de la agencia. Ésta sólo registraba dos o tres trabajos encargados a aquella joven durante el referido período de seis meses. Sus ingresos totales en ese tiempo, una vez deducidas las comisiones, ascendían aproximadamente a ciento veinticinco dólares.

Tomé algunos papeles e hice ver que los consultaba mientras me tomaba un ligero descanso. Al cabo de un momento miré al jurado. Estaban dispuestos a seguir escuchando mi exposición de los hechos.

—Mientras se llevaba a cabo esta investigación de rutina, la Brigada Antivicio fue informada de que se celebraban diversas orgías en un apartamento del East Side, el cuál pertenecía a un conocido fabricante de ropa interior de señora. También llamó la atención de la Policía el hecho de que aquel hombre había manifestado en distintos medios que estaba

en contacto con una agencia de modelos que le suministraba muchachas a cualquier hora del día o de la noche, y que sus amigos sólo tenían que llamarle pidiéndole el número de teléfono.

»El último día de mayo, la Policía interrumpió una fiesta que se celebraba en aquel apartamento. Cuatro hombres y seis mujeres fueron encontrados en diversos grados de desnudez y en lo que, para ser delicados, llamaremos actitudes comprometedoras.

»Todas las mujeres declararon ser modelos. Una admitió que trabajaba para «Park Avenue Models, Inc.». Algunas de las otras le susurraron algo. Inmediatamente, la joven se retractó. Se comprobó que todas las jóvenes trabajaban allí.

»Fue entonces cuando la Policía y el fiscal del distrito comprendieron que habían descubierto un corrupto antro de vicio organizado. Se procedió inmediatamente a una investigación sobre la agencia.

Revolví los papeles que tenía en la mano y empecé a leer uno de ellos.

—«Park Avenue Models, Inc.» Constituida en junio de 1948. Con licencia para representar modelos para arte, fotografía, desfiles de modas, etc. Presidenta: Maryann Flood.

Volví la página. La próxima hoja era un informe policiaco sobre Marja. Lo repasé rápidamente, mientras caminaba silenciosamente hacia el jurado. *Maryann Flood, nacida el 16 de noviembre de 1919 en la ciudad de Nueva York. Soltera. Primer arresto, abril de 1936. Cargo: asalto con un arma mortal a su padrastra. Compareció ante el magistrado Ross, del Tribunal de Menores. Confinada en el «Hogar Rose Greyer de Jóvenes Descarriadas», en mayo de 1936. Puesta en libertad en noviembre de 1937, al cumplir los dieciocho años. Arrestada en febrero de 1938, acusada de deambular para prostituirse, y de prostitución. Se declaró culpable. Condenada a treinta días en el correccional. Arrestada en abril de 1943, acusada de robo después de un acto de prostitución. Se declaró inocente. No convicta por falta de pruebas. Sin posteriores arrestos. Se sabe que mantuvo relaciones con personas que tenían antecedentes penales. Testigo material en el homicidio de Ross Drego, conocido jugador y delincuente, en Los Ángeles, California, en septiembre de 1950.*

Enrollé cuidadosamente los papeles y señalé con ellos al jurado.

—A partir de aquí, el Estado empezó a reunir los antecedentes de una historia de vicio y corrupción, que provocaron náuseas a nuestros agentes policiales más duros e insensibles. Una historia de jóvenes inocentes forzadas a una vida de prostitución y perversión. Una historia de amenazas, chantaje y corrupción que alcanza a altos estamentos de la vida social, oficial y de negocios de nuestra ciudad. Y en todo este desgraciado asunto, la totalidad de la evidencia apunta hacia una sola persona.

Me volví y apunté dramáticamente, con los papeles, hacia la acusada:

—¡Maryann Flood!

Crucé la sala hacia mi mesa, sin volverme a mirar al jurado. Me senté, mientras a mi espalda se elevaba un creciente murmullo de voces. Bajé los ojos. Sentí que me ardían. Parpadeé cansadamente varias veces.

—¡Bien, muchacho! —oí que murmuraban.

Desde el otro lado me llegó la voz de Alec:

—¡Seguro que has acabado con ella!

No levanté la vista, No quería verla. Me parecía que habían pasado mil años desde que comencé a hablar al jurado.

Oí cómo el juez golpeaba con su mazo, y luego su recia voz:

—Se suspende la sesión hasta las dos.

Me levanté automáticamente al salir el juez. Luego, sin decir una palabra, me dirigí hacia la entrada privada de las oficinas del fiscal del distrito.

Nos libramos de los periodistas saliendo por otra puerta. Fuimos al restaurante «Old Mill», y nos dieron una mesa en el extremo más alejado. Me senté, de espaldas a la puerta, frente a Joel y Alec. La camarera se acercó.

—Necesito beber algo —dije, y pedí una ginebra con hielo y limón.

—¿Y vosotros, qué queréis?

Negaron con la cabeza y cogieron el menú. Un murmullo se elevó en el restaurante. No tenía que volverme para saber quién acababa de entrar. Miré interrogativamente a Joel.

Asintió.

—Están aquí.

Sonreí débilmente.

—Éste es un país libre.

De pronto, no pude esperar la bebida por más tiempo. Quería que aquella maldita camarera llegase lo antes posible.

—¿Cuándo viene mi bebida? —gruñí, irritado.

—La camarera ha ido a ver lo que iban a tomar ellos —dijo rápidamente Alec.

Un momento después colocaba la copa frente a mí. Había una expresión especial en su rostro, que comprendí en cuanto levanté el vaso. Debajo de éste había un papel escrito.

No necesité leer la firma para saber de quién era. La letra seguía teniendo el mismo aspecto infantil.

«¡Bienvenido a la fiesta, abogado! —decía—. ¡Buena suerte!»

Estaba firmado: «Marja».

Arrugué el papel entre los dedos, para que los otros no pudieran ver lo que estaba escrito en él, y tomé mi bebida a sorbos. En aquella mujer había algo que siempre me había gustado: no tenía miedo de nada.

Me deseaba buena suerte sabiendo perfectamente que, de ser así, era probable que ella pasara en la cárcel los próximos diez años de su vida. Siempre había sido igual, incluso de niña. Recordaba una vez que intenté impedirle que cruzara con luz roja en medio de un tráfico intenso. Me apartó enojada.

—Eso es lo malo de ti, Mike —dijo—. Te da miedo correr riesgos. ¡Incluso en una cosa sin importancia como ésta!

—Pero, Marja —protesté—. Te pueden hacer daño, o quizá matarte.

Me miró con una luz salvaje en los ojos.

—¿Y qué, Mike? —dijo, bajando a la calzada—. Es mi vida, no la tuya.

Ésta era, en esencia, la diferencia entre los dos. Esa filosofía y muchas otras cosas. Como la educación que habíamos recibido. Tenía una sorprendente y paradójica capacidad para el afecto y la crueldad.

Volví a beber. El frío y dulzón sabor de la ginebra me quemó al pasar por la garganta. Creo que mi madre puso el dedo en la llaga una noche en que

yo volvía a casa abatido por haber estado esperando que Marja volviera de una cita con otro chico.

Yo era demasiado mayor para llorar, pero las lágrimas se agolpaban en mis ojos. Mi madre lo supo en el momento en que crucé la puerta. Se acercó a mí rápidamente. Me dirigí hacia mi cuarto, pero su mano cogió la mía y me detuvo.

—No es para ti, Mike —dijo con dulzura.

Yo no respondí; sólo la miré fijamente.

—No es que te esté diciendo a quién debes querer, hijo —continuó—. Solamente, que ella no es para ti. La han criado sin amor, y no puede entenderlo.

Liberé mi mano de la suya y corrí a mi habitación, pero recordé lo que había dicho. Sin amor.

Ahora podía comprender por fin lo que mamá había querido decir. En toda su simplicidad, ésa era la historia de la vida de Marja.

Sin amor.